

**ANDEREGGEN, Ignacio María, *Filosofía primera. Lecciones aristotélico-dionisiano-tomistas de Metafísica*, Buenos Aires, EDUCA, 2012, 508 páginas. ISBN 978-987-620-189-6.**

El último trabajo del profesor Andereggen nace en el seno de la cátedra de Metafísica de la Universidad Católica Argentina y su función propiamente dicha está dirigida al uso de los alumnos, aunque bien puede exceder esta finalidad.

La obra se divide en tres grandes partes. La primera titulada «Naturaleza de la Metafísica» reúne un total de cinco capítulos introductorios que proveen las nociones elementales del pensamiento metafísico clásico y abren camino hacia el abordaje de la parte principal del libro. Son precisamente «Los puntos centrales de la metafísica» los que componen el segundo momento y su contenido abreva en la profundización de algunos temas como los trascendentales, la causalidad y la creación. La tercera y última parte la componen una serie de siete artículos publicados con anterioridad, cuya particularidad reside en la validación de algunos temas considerados inicialmente, ahora vistos, en su mayoría, en confrontación con las ideas de algunos pensadores modernos y contemporáneos (v. gr. Kant, Hegel o Freud). Como bien lo señala el subtítulo de la obra, estas lecciones se inspiran en la sabiduría de tres maestros del pensamiento occidental, como lo son Aristóteles, Dionisio y Tomás de Aquino. Ahora bien, el lector podrá advertir la preponderancia de cada uno de ellos según la sección que desee abordar. Así, el capítulo I: *La entrada en la metafísica desde el mundo sensible*; el capítulo II: *La metafísica como ciencia y como sabiduría*; y el capítulo IV: *La filosofía primera y las demás ciencias*, revelan el aporte aristotélico; mientras que el capítulo III: *El inicio de la Metafísica de Aristóteles y el proemio del comentario tomista*, lo hace desde el proemio al *In Metaphysicorum* de Tomás. Por otro lado, la influencia del Pseudo-Dionisio ya está presente en el prólogo bajo la intención de lograr en los iniciados a esta disciplina una puerta de entrada hacia la experiencia de las cosas divinas, o bien, parafraseando a Dionisio, una *patiens divina* proporcional al conocimiento natural de la metafísica (p. 12). Asimismo la contribución más significativa de este teólogo la podemos encontrar en el capítulo VI: *Los llamados trascendentales*, cuyo mérito, en el tratamiento de las perfecciones que acompañan al ente, lo comparte con el resto de la patología griega (p. 83). Finalmente, la preminencia del influjo de Tomás de Aquino se refleja de forma más acabada en el capítulo VIII: *La creación como la más elevada causalidad*. Allí se presenta la noción de «Creación» como una tesis filosófica, asumiendo que tanto el ente como sus perfecciones reflejan la causa trascendente de un «Ente supremo». No obstante lo dicho, habría que decir que tanto Aristóteles como Dionisio, a su vez, están presentes en la síntesis del Aquinate bajo cuya guía *principal* se encomienda el autor de este libro.

En lo que respecta a la primera parte, podemos señalar algunos temas que el lector no podrá pasar desapercibidos. En primer lugar las nociones de «ente» y de «ente común», que se presentan respectivamente como el primer objeto de la inteligencia (*primum cognitum*) (p. 82) y como el *sujeto* de la metafísica —el cual refiere al objeto material junto con el formal en su fundamento (p. 79). Asimismo se advierte que el objeto de la metafísica es «lo que es por sí inmaterial», una precisión que supera la inmaterialidad general de las ciencias y apunta a las causas del ente (primer motor y sustancias separadas) y a sus perfecciones (trascendentales, que están en todas las cosas, y comunes, que están en muchas cosas al mismo tiempo) (pp. 73-78). En rigor la metafísica se ocupa del ente y también de las causas del ente, aunque no *directamente*, como parece haberlo entendido Aristóteles (p. 116). Para Tomás de Aquino, Dios es la causa de todo y especialmente del *ens commune*, sin embargo, en sí mismo no puede ser aprehendido por la inteligencia. Tan solo al final de la investigación se alcanza una referencia indirecta de la causa (pp. 115-117). Otra observación importante es la distinción entre «ente común» y «ente en cuanto ente». La inteligencia capta según lo primero la universalidad del ente, a saber, un constitutivo fundamental de la realidad que está en todo; pero el segundo caso destaca un componente específico del ente. Así, según el autor, la expresión «ente como ente» (Aristóteles) nos abre la puerta para considerar al ente «...como bueno» o «...como bello» (Dionisio), «porque implícitamente está señalando que en el ente hay *muchos* aspectos» (p. 85). Finalmente visto «...en cuanto tiene causa (o causa principal)» se presenta como la antesala del pensamiento creacionista (pp. 84-87). Otras consideraciones podrían añadirse como los distintos nombres de la metafísica (pp. 64-72) o su connotación de «ciencia libre», siendo que su conocimiento es propio de Dios y *prestado a* (o *impropio de*) los hombres (pp. 31-32; 141-145); pero, principalmente, hay que reparar en el comienzo del capítulo III donde se examina el proemio al *In Metaphysicorum*. Allí, como es sabido, se analiza el carácter regulador de la metafísica y su referencia a lo máximamente inteligible que se puede considerar de tres modos: a partir del orden del entender, en donde se buscan las primeras *causas*; según los principios máximamente *universales*; y según lo que es máximamente *inmaterial* (pp. 95-98). Ya entrando en la segunda parte nos encontramos con lo que, bajo nuestro punto de vista, resulta ser la sección más acabada de este curso. Esto se debe a la importancia de los temas que se ahondan en los capítulos que la componen. Brevemente pasaremos a comentarlos. En primer lugar el capítulo V inicia con una presentación de la doctrina del acto y la potencia, ya que ambas nociones resultan importantísimas para el sostenimiento de la metafísica. Luego de definir acto primero y acto segundo, potencia activa y potencia pasiva —junto con una aclaración sobre la posibilidad (p. 225), el apartado continua con un análisis exhaustivo del movimiento, puesto que, sólo a partir de este fenómeno, potencia y acto se distinguen en la realidad (pp. 183-210). Ahora bien, estos conceptos trascienden la frontera del movi-

miento y nos permiten explicar, por ejemplo, la participación en el orden de las realidades separadas; estas mismas existiendo sin materia, o en la materia —aunque pudiendo existir sin ella—, develan un paso definitivo hacia la metafísica (pp. 210-211). Dentro de lo que sigue, la correlación entre el ser y la esencia en tanto «concreados», resulta sumamente interesante (pp. 229-230), además de la clásica distinción entre substancia y accidentes (pp. 240-247) que precede un estudio muy erudito sobre las afirmaciones que nos brinda la *Summa Theologiae* en torno a la substancia, la subsistencia y los accidentes (pp. 248-252). Este último punto se ofrece más sugestivo para quienes se especializan en la materia o en el autor, que para los iniciados en esta disciplina.

El capítulo VI profundiza la temática de los trascendentales, colocando al Bien como la causa del ser (*sic.*) y la raíz de todas las perfecciones. La inteligencia entiende la noción de Bien principalmente en Dios, mientras que el ser es lo primero en las creaturas (pp. 257-258) y bajo lo cual se contienen tanto las perfecciones particulares y determinadas, como las universales y comunes (p. 270). De igual manera las creaturas se dicen buenas y en Dios existe el ser, o mejor dicho, pre-existe y de manera eminente, así como el efecto pre-existe en su causa (p. 263). Sobre esto último puede apreciarse la distinción entre las «razones entendidas» (*rationes intellectae*) y los «ejemplares» (*exemplaria*) de todas las cosas (pp. 271-273). Conjuntamente ha de tenerse en cuenta la noción de *virtus essendi* (pp. 262-263), así como la tesis de Dios como «lugar metafísico» junto con los dos niveles de participación que van desde los existentes hacia el ser común y de éste hacia el ser divino (pp. 276-282). El capítulo se consuma con el desarrollo de la *Vida*, la *Sabiduría* y la *Virtud*, seguido de un análisis de las perfecciones tal como aparecen en el *De Veritate*.

El capítulo VII sobre la Causalidad comienza precisando algunos conceptos sumamente importantes, como el de principio, causa, principiado y efecto (pp. 299-303). A continuación, el autor nos presenta dos axiomas que manifiestan la realidad de la causa y que merecen ser leídos con detenimiento (pp. 303-306). Prosigue con la distinción entre «ser por sí» y «ser por otro» afirmando que las causas actúan recíprocamente sin caer en contradicción (pp. 306-398). A partir de este momento se inicia la explicitación de las cuatro causas aristotélicas. En primer lugar, se presentan la causa material y la formal como dos co-principios intrínsecos del ente finito. La forma substancial confiere actualidad y, a partir de un ente en potencia, hace un ente en acto. El autor agrega que la forma da el ser (*forma dat esse*) en tanto que los entes materiales no son entes en sentido pleno, o bien no lo son a la manera de los entes espirituales (pp. 308-314). Al momento de hablar sobre la causa eficiente, la presenta como un principio cuya actividad da razón del movimiento en el nivel físico, pero desde su dimensión metafísica se caracteriza por infundir el ser (pp. 314-324). Sin embargo, esta actividad no se ejecuta sino en vistas a un fin, y aquí es donde se hace presente la noción de causa final. El autor se preocupa por aclarar que Dios

puede considerarse simultáneamente causa eficiente y final bajo distintos aspectos (p. 325), no obstante la primera de las causas (*causa causarum*) (p. 336) y la más importante es la que cierra y da sentido a este capítulo (pp. 331-345). Precisamente la causa final desencadena el proceso causal y mueve a la eficiente a obrar por el apetito (p. 338; 341), a la vez que su influjo se hace presente en todas las cosas que existen (rationales e irracionales) (p. 343). Es interesante advertir cómo la idea de fin coincide con la de una «Bondad inteligible» (p. 332), que en última instancia se identifica con Dios.

El capítulo VIII cierra esta segunda parte y se propone la dificultosa tarea de sintetizar el aporte más original de la metafísica tomista. Primeramente la causalidad debe ser entendida en Dios como su propio ser difusivo (*Bonum est diffusivum sui*) (p. 347). Por otro lado, se demuestra que las creaturas no obran según toda su entidad porque no tienen todas las perfecciones, y porque guardan distintos modos de potencialidad. De esta manera, es manifiesto que ellas no pueden producir el «ente en cuanto es ente», que como tal incluye todas las perfecciones (p. 348-351). A partir de allí la tesis creacionista da un giro hacia Dios que, al ser acto puro, obra según todo lo que es por una acción total (p. 351-353). La creación *ex nihilo* significa que Dios hace «todo totalmente», es decir, «sin presupuestos», manteniendo distancia de toda interpretación contemporánea sobre la «nada» y el «no ser» (pp. 204-205; 275; 353-357). Algo que debe tenerse bien presente es que la creación no es un cambio al modo de la mutación o el tránsito, o bien como la generación y la corrupción (p. 357-361). Para ello hay que comprender la noción de *creación pasiva*, en donde la creación es vista desde la creatura y se enmarca bajo la categoría de relación. Asimismo el concepto de *creación activa* designa la acción del que crea (p. 361-366). Con todo, creemos permanecer fieles a la intención de este profesor si sugerimos modestamente la lectura de una sección de las *Quaestiones Disputatae De potentia* (q. 3, a. 5), que complementa, a nuestro juicio, el desarrollo de este capítulo. Su meditación puede resultar provechosa para la comprensión de un tema decisivo de este curso.

Finalmente la tercera parte de este curso la compone una selección de artículos destacados por el enfoque hacia la problemática de esta ciencia. Pasamos a enumerarlos ordenadamente. Capítulo IX: *El bien metafísico en Santo Tomás y en el pensamiento moderno*. Capítulo X: *La relación entre el ser y el bien en Santo Tomás y en Hegel*. Capítulo XI: *El bien metafísico y la ley según Francisco Suárez y Santo Tomás*. Capítulo XII: *La presencia de Dionisio Areopagita y de San Juan Damasceno en la concepción de la persona de Santo Tomás*. Capítulo XIII: *Conocimiento negativo y conocimiento afirmativo de Dios en Santo Tomás y en Hegel*. Capítulo XIV: *La originalidad del comentario de Santo Tomás al De divinis Nominibus de Dionisio Areopagita*. Capítulo XV: *Metafísica aristotélica y metapsicología freudiana*. Por cuestiones de extensión no nos detendremos en el análisis y el comentario de los artículos como lo hemos hecho con los capítulos ante-

riores, sobre todo los de la segunda parte. Simplemente sugerimos la lectura de los títulos X, XIII y XIV puesto que el autor demuestra una mayor competencia apoyada en anteriores investigaciones. Retomando lo dicho al comienzo, la finalidad de la obra excede claramente la pretensión de ser un «manual para iniciados», prueba de ello es esta sección que abarca un tercio del libro y que sin duda amerita ser revisada por quienes hacen filosofía desde el pensamiento de Tomás de Aquino, pues no está muy lejos de abrir nuevas líneas de investigación en torno a las problemáticas que suscita el pensamiento contemporáneo. De allí que también puede verse a esta última parte como un esfuerzo por mostrar la vigencia del pensamiento del Aquinate, y también de Aristóteles (capítulo final), en el mundo moderno. Como breve conclusión nos parece que la obra en su totalidad resulta consistente y bien articulada, aunque la segunda parte se destaque específicamente. El autor manifiesta un amplio conocimiento de las fuentes y trae a colación los textos originales junto con sus respectivas traducciones al español. Un dato no menor para usufructo de los alumnos.

MAURO NICOLÁS GUERRERO

**Silvana Gabriela Di Camillo, *Aristóteles historiador. El examen crítico de la teoría platónica de las ideas*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2012, 284 páginas. ISBN: 978-987-178-559-9.**

Fruto de una tesis pero sin el tecnicismo de una tesis, el libro de Di Camillo comienza por presentar los presupuestos metodológicos que le permitirán llevar adelante su investigación. Con miras a ofrecer un análisis de las críticas que Aristóteles dirige a la doctrina platónica de las Ideas para dar cuenta hasta qué punto la constitución y desarrollo de sus conceptos provienen de la confrontación dialéctica con la doctrina de su maestro, plantea y desarrolla un tema clásico y debatido en los estudios aristotélicos: el modo en que Aristóteles se ha enfrentado a la filosofía anterior en general, y por lo tanto, la relación entre historiografía y dialéctica. Con este fin, afronta primeramente la desconfianza de la cual ha sido objeto, a lo largo del último siglo, la exposición y crítica de las doctrinas antiguas en los escritos de Aristóteles. Fiel al método de su maestro Aristóteles, la autora recolecta las diferentes interpretaciones de sus predecesores, con, a nuestro parecer, la misma doble utilidad: para identificar los problemas (*aporíai*) e incorporar la verdad que pudieran contener y para volver sobre ellos contando con nuevos instrumentos conceptuales para juzgar sus aciertos y errores.

Al final de su recorrido, se ubica junto a un Cherniss —todavía vigente pero matizado por las críticas— en cuanto al carácter dialéctico de la historiografía aristotélica, pero lejos de él respecto a la acusación de manipulación